

JAVIER AGUIRRE GANDARIAS O LA ESCRITURA URGIDA

Da miedo hurgar, aunque también es cierto que es algo irreprimible, en los adentros de las cosas. Haber visto de un rostro la tersura en la piel, cada gesto locuaz, la transparencia de unos ojos, por ejemplo, y averiguar que todo se sustenta en un frontal, dos cuencas y esos tabiques óscos de calavera... ¡Qué terrible tiene que resultar la imagen radiográfica de un libro de poemas! Ponerse a analizarlas para aprehender las cosas, tratar de interpretarlas, descubrirles dolencias, qué terrible.

Javier Aguirre Gandarias, radiólogo de día y trovador a ratos, y que tanto conoce de sombras y de huesos infantiles, prefiere, al escribir, guardarlo todo en chasis bien plomados. Como si el hermetismo fuera una manera de esconder lo crudo. Radiografiarle el alma sería igual de terrible. Mejor es aceptar la complacencia de sus breves improntas.

Dicen los tres primeros versos del primero de sus tres libros:

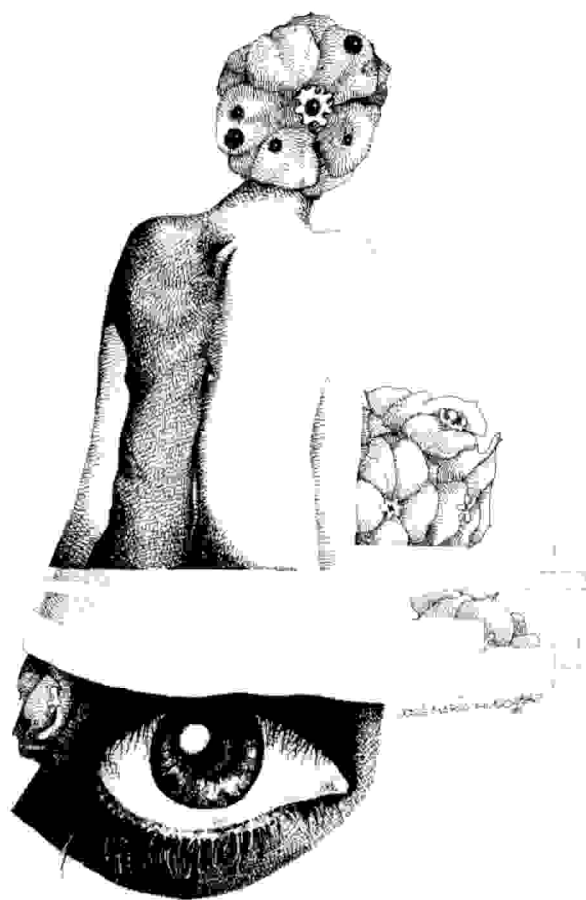
*Los objetos me miran silenciosos, graves;
las arrugas de una lámina de plomo,
la letra negra del reloj.*

como invitando cada imagen a ser desabrochada. Pero sería un intento inútil pretenderlo. ¿O no es mejor el brillo de la piel que el hueso oculto?

*acaso me lo agradeceréis un día, saber
qué árboles, qué suave fronda
oculta cualquier beso, cómo anhela todo
cómo todo desea deducir a labio
simple manzana sin peso
el grave canto humano.*

Tratar, por otro lado, de andar adivinándole las corrientes ocultas, los maestros que todo poeta esconde, tampoco es cosa fácil. ¿De qué sirve saber que un buen día cayó en sus manos Wordsworth en versión de Siles y por un tiempo ya no hubo ningún otro entre sus preferidos? ¿O que Juana de Ibarburu y Emily Dickinson son hoy sus favoritas? Si de todos hay un hálito. Y además se enajena ante el objeto siempre y es el objeto lo único que importa:

*No es mío el deseo,
ni la sangre que uso; ni este papel
donde escribo y escribo
buscando la voz
de algunas criaturas. No es mío el recuerdo,
ni esa cabaña donde alguien duerme
su sueño paralelo; nada me pertenece.*



El hermetismo de los primeros libros, *Del bosque y del olvido* (1977) y *Sal despacio* (1980) y la ironía que asoma en ellos no son más que un distanciamiento intencional para ocultar que se es romántico.

Romántica es la bruma de todos sus paisajes; el pájaro, por mucho que confiese que le aburre ("un jilguero es la cosa que más cansa"), pero que sobrevuela sus poemas. Es romántica tanta melancolía, Y lo es la desazón continua que rezuman sus versos:

*Si conserváramos aún un mínimo de aquel
/estado natural
no podríamos resistir tantos relámpagos...*

*Huyen los pájaros en desbandada
hacia la corteza de los árboles,
y nos parece que para edificar algo ligero
como un poema mirando a las diversas gotas
que humean en las ramas, sería preciso
/ahogarnos en el mar
o bajar hoy la escalera de tristeza con alguna
/música de Mendelssohn
si algo halláramos, como este otoño,
/completamente idealizable*

(“LLUVIA”)

Como lo es ese tono decadente, casi rubendariano:

*La esquina de algunos nichos, los papeles
/mal señalados
que pretenden condiciones no del todo
/requeridas.
las paredes que enumeran su desdicha...*

*mientras crece, en el salón de té de una nube
/pasajera.
ese vaho inasible de los días que proporcionan
/al rostro
su puntual maquillaje
de melancolía.*

(“NUBE”)

Romántico es, en suma, todo el paisaje urbano que ha dejado pintado en *Sal despacio*: Bilbao, El Arenal, Begoña es un París, tal vez más miserable, que no deslumbra, pero que se deja querer”, confesó un día.

*Las toallas de los hoteles
las abiertas rotondas
y el matutino vendedor de periódicos
son el eco de una ciudad
que descubre las faltas graves de un sueño,
el olvido de su luz mayestática
en que hubimos de respirar todo el ejército.*

*En el paseo del Arenal
es muy hermoso este momento: Tilos y acacias
semejant los otros árboles con que imaginamos
toda la puerta de una soledad (...)*

(de ARENAL)



Aferrado a sus cosas, Javier Aguirre no consigue resistir a sus fantasmas, que, si han estado ocultos, aflorarán sin duda en su libro tercero. Con su publicación se abre una segunda etapa.

Había dejado dicho en *Sal despacio*, camino de *Otra edad*:

*Si pudiera mantener
el corazón ecuánime,
el indispensable vigor
para mirar sin prejuicio la madurez de los
/árboles;
y esas tres o cuatro cosas, no más, que son
/justas
para el viaje; esas mínimas cosas por así quererlo
medidas en un paquetito como único equipaje.*

(“DESEO”)

La escritura, que nació fruto de la melancolía, deja de estar supeditada a ella. Descubrirá el poeta todos los otros temas:

La fugacidad del tiempo (“como se resiste la arcilla al dedo cruel, –huyen los días”) o el eterno retorno, que son tan parecidos como antiguos, estaban ya presentes en los primeros libros:

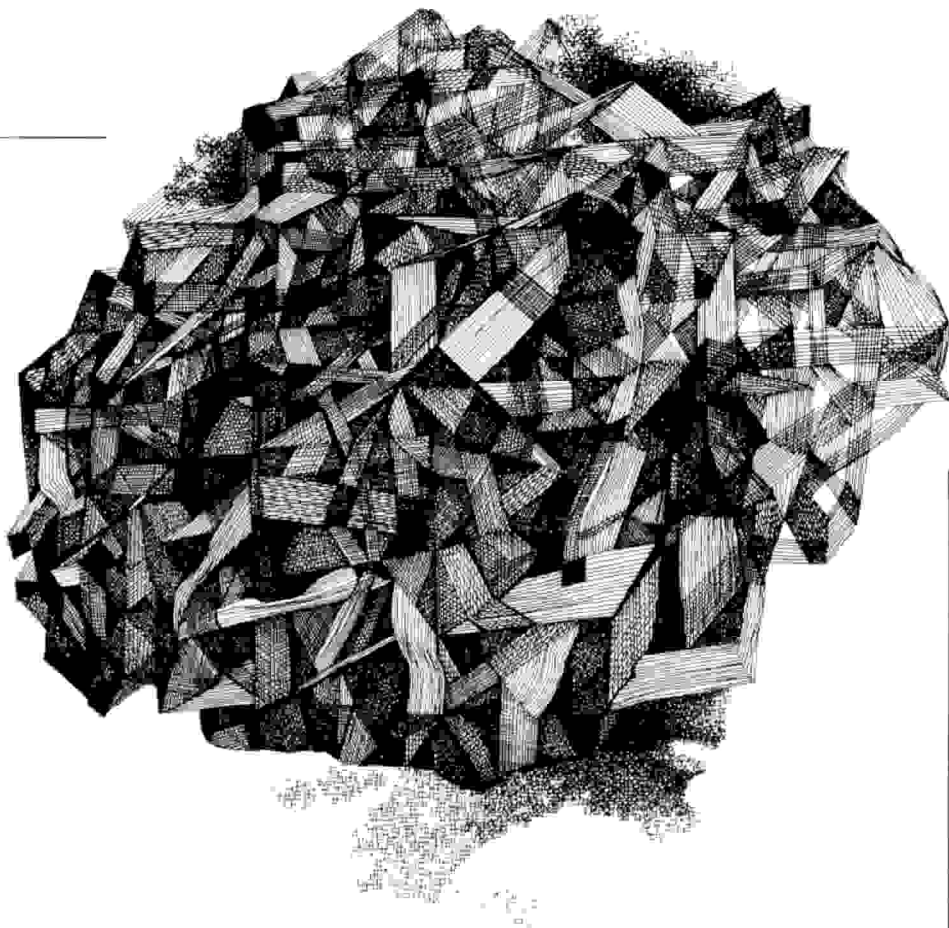
*Ningún juego se acaba del todo;
juego es la redondez del planeta,
juego su porte majestuoso
cuando navega en los espacios;
y juego ha de ser su aniquilamiento
como lo es una mota de polvo en el recuerdo,
o cualquier ínfima cosa.*

Se preguntaba entonces: “Por qué yo veo – todo resplandor perecedero”. La conciencia de que es el tiempo fugitivo abocará al poeta al tópico horaciano del “carpe diem” como último recurso:

*Porque todo debe morir
celebra hoy
la luz,
la primavera,
el florido avellano,
el lazo fugaz de la muchacha,
la tierna edad del cervatillo,
el color,
la fragancia,
la radiante juventud
de los que mueven el corazón del mundo,
es justo que lo hagas, porque todo debe morir.*

(de su tercer libro, *Otra edad*)

El tono imprecatorio, si parecía invitación, se ha hecho ahora más claro. La sed de trascendencia, grande entre los fantasmas de todo hombre, se traducía en “estatuas” (“únicos que no cedieron su hermosura



—cuando todo se hallaba tocando a las puertas— del estrépito final”, de ESPEJO). Pero ahora se empieza a hablar de muertes en todos los poemas:

*Todo huele a barro de otra edad
y el futuro ya fue vencido por la niebla.
Estoy aquí, arrodillado debajo de tu rostro;
si quieres, trágame y serán todas las muertes
/una sola.*

Y si Rubén Darío, subyugado por la sensualidad casi mimética, labró su libro *Azul* e inauguraba en él una corriente estética, no tardaría en acabar versificando la angustia vivencial en sus *Cantos de vida y esperanza*, su tercer libro. Y si Machado, en *Soledades y Campos de Castilla* había probado a hacer con el paisaje y el retrato, tampoco tardaría en componer “Proverbios y Cantares”, donde lo filosófico rebosa los poemas. Se podría citar a muchos vanguardistas para dar cuerpo a ésta nuestra hipótesis: la de que en el camino de la poesía se nace casi siempre de lo mimético y se moldean formas nuevas hasta adquirir destreza. Pero que pronto o tarde aparece lo ya conceptual y metafísico, aunque venga vestido de peculiar ropaje.

Y si esto fuera cierto, se puede aventurar lo que es el tercer libro de Javier Aguirre Gandarias bajo ese título, *Otra edad*, tan breve como explícito: “Todas las cosas permanecen mudas imaginando otra edad, otra época”.

SEVERINO CALLEJA

ETAUZOA
LIBURUTEGIA

liburuak,

diskoak,

mañazkiak, etab.

**JULIAN
BOLIBAR,
santutxu**